

La educación como ideología

Autora: Gisela Catanzaro

Resumen

En base al análisis del material de entrevistas producido en el marco de la investigación PISAC-COVID “Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la postpandemia: un estudio multidimensional sobre las incertidumbres, odios, solidaridades, cuidados y expectativas desiguales en todas las regiones de Argentina”, en el presente texto intentamos dilucidar ciertos contenidos político-ideológicos y deseos anti-democráticos -más o menos inconcientes- que estarían cristalizándose en la demanda de “educación” - que cobró un inusitado protagonismo en la campaña electoral de 2021 y continúa perfilándose como un tema clave de la escena política- como solución aparentemente aconflictiva y pacífica de los males de la sociedad.

Palabras clave: Educación – ideología – anti-política – discursos de odio

La educación como ideología

I- Jeroglíficos

La información reclama una pronta verificabilidad. Ésa es la [condición] primera por la cual se presenta como ‘comprensible de suyo’. A menudo no es más exacta de lo que fue la noticia en siglos anteriores. Pero, mientras que ésta gustosamente tomaba prestado de lo maravilloso, para la información es indispensable que suene plausible.

Walter Benjamin: *El narrador*

En el último año hemos asistido a una suerte de culturalización del debate político. Disputando el terreno a las críticas por la “carga impositiva” a las empresas, las restricciones impuestas a la actividad económica por la gestión de la pandemia, el aumento de la inflación y el supuesto avasallamiento de valores republicanos por parte del gobierno nacional, fue ganando protagonismo dentro del discurso de la oposición el tema de la educación, en un crescendo que tuvo un capítulo central en la “lucha por la presencialidad” en las escuelas de la ciudad de Buenos Aires y alcanzó una suerte de éxtasis sensible en el “te quieren burro, sumiso y pobre” pronunciado en el contexto de la campaña electoral por María Eugenia Vidal.

Ante la novedosa consternación de los partidos de la oposición por el futuro educativo del país, no han faltado interpretaciones que denunciaron el carácter meramente

instrumental y mentiroso de esta cruzada liderada hoy por los mismos que, por lo menos durante cuatro años, se dedicaron a sub-ejecutar presupuestos educativos, encoger ministerios, suspender planes como el Conectar Igualdad, sembrar dudas sobre la relevancia de las universidades nacionales y los trabajadores de la educación en el entramado social y, en términos ideológicos, a patologizar toda reflexión, caracterizada como una “locura crítica que afecta al pensamiento nacional” por uno de los asesores del anterior presidente, quien a su vez interpretó el anti-intelectualismo como un signo de cordura de la gente común que “ya sabe lo que quiere” y no quiere que la molesten con una búsqueda de razones, historias y consideraciones filosóficas asociada, según él, a la obsesión con el pasado y a un resentimiento contrarios a la sana disposición al hacer.

A la luz de este cariz anti-intelectual tanto de las consignas como de las políticas de gobierno implementadas por la actual oposición política a nivel nacional, su presente cruzada por la educación no sería -se nos dice- más que una mezquina estrategia desplegada ante su dificultad para hablar de temas económicos en un año electoral y en un intento por sintonizar asimismo con las necesidades de innumerables madres y padres ansiosos por dejar de tener a los chicos en casa para poder recomponer una cotidianeidad desorganizada por las medidas sanitarias. Sin embargo, el alcance de las denuncias de instrumentalismo político invocadas para explicar el nuevo protagonismo del tema de la educación en la escena pública local es limitado. Cuando el debate se agota en la enumeración de las prácticas de desfinanciamiento y denostación de las instituciones educativas efectivamente llevadas adelante por el gobierno anterior pero que hoy parecerían olvidadas por el público, el deseo social de educación queda fuera de la escena como algo que reclama comprensión, ya sea porque se lo asume como algo obvio en su carácter de ideal en el que todos estamos de acuerdo pero respecto de cuyo cumplimiento algunos mienten; porque a la inversa se lo reduce a una simple cuestión de conveniencias circunstanciales para la administración de la vida cotidiana por parte de hartos adultos hartos; o porque se lo comprende como el puro efecto de ingenierías comunicacionales que instalan en agenda temas carentes de espesor en la experiencia social y podrían deshacerse de ellos tan rápido como los construyeron. En la imagen pragmatista de la política y de las conductas sociales que en estos dos últimos casos se propone como explicación, quedan fuera de la consideración deseos sociales que demandan interpretación porque no son claros ni siquiera para sí mismos, y aparece como pseudo solución al enigma lo que en todo caso merecería ser explicado: cómo habrían llegado a quedar fuera de la escena política y social las promesas vinculantes y las imágenes de futuro que ahora ya no tendrían sitio ni en campañas electorales ni en las preocupaciones de “la gente”.

Antes que favorecer un proceso de interpretación crítica frente a un fenómeno social complejo, el idealismo del valor incuestionable -que sólo objeta la falta de políticas para darle cumplimiento al ideal de un pueblo educado- y el pragmatismo que sólo reconoce realidad a los intereses desnudos de los agentes sociales o políticos -y que ahora, ante la derrota electoral, se allana a la comprobación de que habría que haber abierto las

escuelas-, parecen conjurarse para blindarnos frente a lo que tiene de asombrosa esta escena en que “la educación” le disputa lugares en las plataformas y minutos en los spots de campaña no sólo al tema de la economía sino también a la -siempre redituable para la derecha política- “cuestión de la inseguridad”. A pesar de las mejores o peores intenciones de los involucrados, el que gana con esta pérdida de asombro es el régimen de la información, que impone su peculiar opacidad: el supuesto de la explicabilidad inmediata de todo, que nos exime de la tarea teórica y política de tener que leer jeroglíficos socio-políticos semejantes.

Educación. ¿Qué es esto? ¿No sería preciso hipnotizar -como diría Horacio González- un objeto tan venerable y tan trillado para intentar comprender qué expectativas y dificultades sociales y políticas podrían estar condensándose allí, en la imagen de la educación como aquello que podría salvarnos pero se nos quiere arrebatar, ideal que muchas y muchos se figuran hoy como solución a los males del país adquiriendo nada más y nada menos que las dimensiones de una promesa en un tiempo de sequía distópica? Allí donde *dar el presente* en la escuela se convierte en la cuestión de vida o muerte proclamada en la consigna de la presencialidad, posiblemente esté murmurando algo, también, la experiencia de un *presente absolutizado*, murmullo tras el cual acaso sería necesario escuchar el run run de un neoliberalismo presentista en el que no sólo se desdibujaron horizontes alternativos al capitalismo sino incluso utopías como las de la globalización o el “capitalismo sin fricciones” forjadas en su mismo seno.

La necesaria sensibilidad de un pensamiento con pretensiones materialistas frente a la frustración popular porque los chicos no pudieran ir a la escuela -hecho que amenazaba con terminar de quebrar para los más vulnerables las ya fragilizadas expectativas de ascenso social en el capitalismo neoliberal- no puede convertirse entonces en sustituto de una interpretación pendiente que deberá interrogar de qué modos se articulan esas expectativas de justicia e igualdad con temores y deseos sociales menos disruptivos y tendencialmente dominantes en el mundo contemporáneo tales como aquellos que dan cuerpo a la cultura del sacrificio, a la denostación armnicista del conflicto político, y a la valoración del retorno a la “normalidad” donde el futuro, más que por-venir, parece estar situado detrás, o bien reduplicar un presente eterno e ilimitado en el cual ya no habrá acontecimientos y sólo gana el que se adapte mejor.

II- Educados

No soy Kirchnerista, no soy Macrista, soy Argentina. Yo si estuve de fiscal para Macri...todo, pero soy Argentina más que nada... A mi me gusta Macri como persona, no se los detalles de su función, de su accionar, de su pasado, no tengo detalles...A mí me gusta su forma, me representa...Me identifico con la forma de manejarse con el mundo, con la gente, el respeto que mostró desde el primer día que asumió, más allá de los detalles de su gestión, que yo no puedo discutir, porque no tengo la información precisa...Me gusta por la clase de gente, la clase de educación, la clase de respeto que tiene por el otro ... No tiene que ver con el dinero... Hay gente muy humilde y es gente muy educada, muy respetuosa, muy laborante...humilde, pero labura, labura, estudia,

manda sus hijos al colegio..., esa es la gente humilde. Y hay otra gente que es pobre, pobre porque la criaron pobre, pobre de mente. Porque por ejemplo yo, si tengo una lona de puerta, o a lo mejor una pared de cartón, voy y compro dos ladrillitos, tres ladrillitos y voy haciendo mi pared... pero hay gente que está acostumbrada a ser pobre. Eso es responsabilidad de los Gobiernos... acá estamos mal gobernados hace años. Ayudas al pobre, no le das dádivas, le das ayuda real... le ponemos agua, le ponemos gas... Aunque después haya gente que es muy ingrata y bueno, te destroza, te rompe, te vende... como hace tanta gente por ahí, porque no tiene la cultura. Hay que cultivar a la gente... sentarlos y darles algo, por lo menos que sepan leer, que sepan escribir, que tengan ese amor por la educación... lo básico es la educación... buenas costumbres.¹

Como se ha repetido hasta el cansancio, en nuestra historia nacional el lema ilustrado de la educación cumplió un papel destacado en la producción y reproducción de la subalternidad. Desde el higienismo de principios del siglo pasado a la conquista del desierto educativa reclamada por un reciente ministro de educación de la nación, “educados” tenían que ser siempre los otros y, particularmente, aquellos inferiores inaptos para cumplir las funciones que el sistema preveía para ellos. Para esta razón que cuando dejaba de ser asesina podía mostrarse paternalista y tirar algo -algún ladrillito- para que los humildes construyeran su murito contra la indignidad, la educación producía el milagro sensible de borrar de la tierra las imágenes insoportables de una alteridad amenazante y, sino, trazaba la línea indeleble que separaba a los buenos de los malos pobres porque los segundos saben respetar o, como habría dicho más poéticamente Lugones, aprenden a reconocer los signos de la grandeza y la superioridad en los patrones que “tostados aún de pampa ya estaban comentando a la Patti en el Colón.”² Esa poesía lugoniana ya no está disponible para la versión contemporánea de la vieja derecha y Bullrich (E) se tiene que conformar con una referencia literaria proveniente de un mundo ajeno a su prosa emprendedorista. Pero esa derecha sigue haciendo un uso proverbial de los pronombres personales y los diminutivos; un uso que comunica su superioridad de clase y aleja toda sospecha de autonomía en su interpretación del lema de la educación. El sentido que ella invoca es siempre unidireccional, irreversible y nunca toca ni de lejos al sujeto donador: vos *les* das cultura y ellos *te* destrozan, ingratos. Es, además, explícitamente conservador: se trata de inculcar *buenas costumbres, la educación que recibimos nosotros de nuestros padres y que ellos no tienen porque sus padres, y sobre todo sus madres -que vos las ves, van a las marchas a protestar permanentemente con un pucho en una mano y un celular en la otra- no se las dieron. Hay que rescatarlos, ir a la villa a buscarlos para darles educación. Pobrecitos.*

¹ Los fragmentos citados en itálicas fueron extraídos de entrevistas realizadas en mayo de 2021 en todo el territorio nacional como parte de la investigación “Identidades, experiencias y discursos sociales en conflicto en torno a la pandemia y la postpandemia: un estudio multidimensional sobre las incertidumbres, odios, solidaridades, cuidados y expectativas desiguales en todas las regiones de Argentina”.

² Leopoldo Lugones, *El payador*, Buenos Aires, Huemul, 1972, p. 72.

La educación imaginada como faltante y añorada como solución es vuelta al orden, pero un orden en estado puro, idealizado a tal punto que cualquier “detalle” concreto sobre las estructuras institucionales que podrían sostenerlo lo corrompería. La mirada del patrón no quiere complicarse con los detalles porque su abstracción no solo le devuelve su belleza al armonioso orden del universo, sino que además le devuelve a ella misma la imagen de sí como una primorosa alma caritativa que sólo quiere el bien de los pobrecitos.

Un hermano mío empezaba en la reunión familiar a hablar de política. “¡Estás loco, le digo! Eso de que levantes la voz a ver si me convences, no gracias... no voy a convencer a nadie de mis pensamientos, de mis ideas y pretendo lo mismo...La política es una mugre, muy difícil de limpiar... A aquellos que chorearon millones de dólares, que no fueron ni siquiera patriotas: pena de muerte. Si no hay pena, voy a fano todo un banco, me llevó todo el oro, me lo escondo, me fumo tres años en cárcel, salgo y tengo todo. ¿Qué ejemplo le estamos dando a la gente? En un semáforo me pasó, trabajando con el taxi, transpirando, 40° de calor sin aire acondicionado, un pendejito que me viene a limpiar el vidrio “Anda a laburar gil” me dice el pendejo. Ocho años. O sea él ganaba más que yo. Esa es la industria que tenemos nosotros. No puede ser que familias enteras en los barrios pobres, estén ganando 100 mil pesos con los planes y yo no llegue a los 40 laburando... Habría que inculcarle valores a los niños. Los niños llevan todo a la casa... Como parte de la currícula habría que poner valores, valores que no siempre los tienen en su casa, porque no los aprendieron, porque sus padres y abuelos no se los dieron. Inculcárselos a los niños.

Pero si el paternalismo es violento, la violencia no siempre puede darse el lujo de ser pa(ma)ternalista. Cuando dejan de estar garantizadas las distancias que aseguran la pertenencia al mundo superior de los auto-percibidos asediados, se vuelve necesario entrar en detalles, y con los detalles emerge una obsesión por el control donde el discurso se despeña a veces en el lenguaje anti-político de la guerra que, paradójicamente, censura por conflictivista la discusión en la mesa familiar. Las blancas palomitas comienzan entonces a volatilizarse y tras de sí sólo quedan pendejos limpiavidrios a los que hay darles el ejemplo, siempre que por tal cosa pueda entenderse castigar ejemplarmente, para que aprendan.

La gente no quiere trabajar. La juventud no quiere trabajar. Hay familias enteras que nunca vieron a los padres trabajar. Y por ende nunca se preocupan de trabajar tampoco, porque no aprendieron... Toda cosa que se da hay que controlar. El gobierno tiró plata para vagos...para chupar... Porque al salario universal... no se cuanto les dio por cada chico, mis cuñadas cobraron todo de ese que había que anotarse... el IFE... y no hizo nada. Se compró ropa, zapatillas. No hizo nada que te ayude en el futuro. Se termina la plata y terminó todo. ¿Que ayudó a los pobres? Crió haraganes y vagos...a montones... Y mi hermano, todo orgulloso: esto me lo dio Cristina... yo le digo: “No vamos a hablar más de política. Porque yo sé tu opinión y vos sabes mi opinión. Yo nunca voy a estar de acuerdo con lo que vos decís, le digo, porque no estoy de acuerdo. Entonces, para evitar problema, no hablamos más, hablamos de cualquier otra cosa”.

Educar es enseñar a respetar la férrea necesidad de la vida, inculcar la cultura del trabajo, que es bueno, no porque conduzca a un mundo eventualmente mejor, sino *porque* es trabajo, en una tautología cuya necesidad los “educadores” ya aceptaron para sí mismos y que no tolera infractores, sobre todo cuando estos resultan peligrosamente semejantes o amenazan dejar expuesto, con su propia vulnerabilidad, cuan alto podría ser el umbral social de tolerancia frente a ese sufrimiento.

III. Transformaciones

En su caracterización de la personalidad autoritaria Adorno destacaba el rasgo bifronte de sumisión y agresión asociado a este perfil social, rasgo que se plasmaba según él en la identificación con el fuerte y en una severidad fuera de toda proporción frente al más débil. Asimismo destacaba el convencionalismo anti-intelectualista que solía acompañar a esta mezcla de severidad y sumisión. El sujeto autoritario rechaza rotundamente toda reflexión sobre los valores rígidamente sostenidos y es afecto a las apologías de la acción constante, sin cese, por más irracional que ella sea desde el punto de vista de la satisfacción individual. Para Adorno, este practicismo anti-intelectualista, esta coacción a la acción, al hacer sin parar cuya contracara era el rechazo violento de toda reflexión, se explicaba como expresión del temor inconsciente del sujeto a que se revelara la inutilidad de tantos esfuerzos realizados por él en pos de la adaptación. Nuestra propia época parece enseñarnos no sólo que ese practicismo adaptativo puede ser incluso más eficaz que la censura explícita de la reflexión sino que, además de esto, la posición anti-intelectualista no es necesariamente incompatible con cierto discurso de la autonomía y con la idealización de una educación divorciada del deseo colectivo de conocimiento y figurada como única cura de todos los males.

Están tratando de terminar con la educación, lo que es lo más fácil. Un pueblo de ignorantes, es un pueblo sometido. Y eso es lo que quieren... La gente percibe el plan y que hace con ese plan? Lo gasta en cerveza, en cigarrillos, en droga. No, no le dan valor al dinero porque total le viene de arriba la respuesta...piensan tener cada vez más hijos porque cada vez va a cobrar más, y el que está sin cobrar, sin trabajar está ganando mucho más que una persona que insiste en trabajar. El pesito que cobra que sea por él mismo, no porque le están dando...me parece una vergüenza total que no haya clases. Dice mi hijo: ¡Ay mamá este viejo Fernández lo único que está logrando con esta pandemia es que no vamos a la escuela, que yo en lugar de ser un anesthesiólogo voy a ser un camillero! ... ¡o un repositor de los chinos, porque ni la anónima va a quedar!. Acá encerramos a todo el mundo y nadie educó. Nos encerraron nueve meses y no educaron...sobran los respiradores en Comodoro, sobran. Respiradores hay a patadas, pero no tenemos educación ¿qué es lo más fácil? Comprar aparatos, pero formar gente no es fácil.

La autonomía individual, a la que desde tiempos remotos se asoció -en tensión con el elemento crítico que también latía en ella- con una idea de autosuficiencia negadora de las condiciones materiales y sociales de la libertad, dejó desde hace mucho de ser algo intrínsecamente rechazable para el conservadurismo autoritario que, en su versiones

más contemporáneas, puede llegar incluso a convertirla en uno de sus significantes claves. Si en la coyuntura *en y sobre* la que Adorno reflexionaba esta ideología exigía el sometimiento del individuo frente a la razón de Estado que reclamaba su movilización, o frente al colectivo que le imponía su disciplina en pos de un ideal, el conservadurismo del presente puede en cambio minorizar a los sujetos sin por ello dejar de advertir que cada uno es “autónomo” en el sentido de exclusivo responsable de su suerte. Las ideologías del mérito y el emprendedorismo, que tienen como su figura central precisamente al individuo autónomo, tienden a aplanar la conflictiva trama de sentidos que habitaba en la idea moderna de autonomía, para identificarla con su definición más conservadora: la autosuficiencia de un sujeto hiper-responsabilizado al cual se le vuelven difíciles de interrogar las condiciones sociales y políticas de su existencia, así como su carácter devenido y no ineluctable.

Pero esta sospecha crítica no tiene por qué decantar en un constructivismo teórico que imagine subjetividades arrasadas, enteramente constituídas por mandatos que el individuo no puede comprender y por dispositivos que reproduce maquínicamente.³ Eso que aparece como socialmente deseable en un momento determinado nunca es el efecto inmediato de un dispositivo todopoderoso, ni es tampoco una mentira, una falsa fachada ocultadora de los verdaderos intereses, ni puede ser tampoco interpretado como un constructo impuesto por fuerzas políticas y revocable según las necesidades electorales que dicte la ocasión. Constituye más bien un jeroglífico socio-político que exige ser descifrado, en el que se expresan deseos y temores subjetivos constituidos históricamente, o bien, para decirlo con Adorno y con Althusser a la vez, “figuras enigmáticas” que deben ser leídas como síntomas en el sentido de indicadores y condensadores de los modos en que los sujetos lidian, en una coyuntura determinada, con aspiraciones muchas veces contradictorias entre sí, como pueden ser el deseo de más libertad y más orden; el reconocimiento del valor de la igualdad y la búsqueda del reestablecimiento de jerarquías; la experiencia del carácter conflictivo de la sociedad contemporánea y la aspiración a la armonía social.

Más que a coherentes constructos, los individuos interpelados socialmente se parecen a sujetos desgarrados, divididos internamente, que ni saben todo lo que quieren ni son la simple encarnación de dispositivos trascendentes, y lidian cada vez con los valores sociales dominantes puestos en escena en cada interpelación, elaborando soluciones de compromiso en las que aquellos se traducen más o menos imperfectamente. Pero lidian de un modo que no siempre es del todo conciente para ellos mismos ni -como ya nos enseñó Freud- es tampoco racional desde el punto de vista de la satisfacción del principio del placer. Como ya sabía Marx esas formas de lidiar con expectativas contradictorias no son azarosas ni pueden ser explicadas a partir de la psicología de los individuos, porque están informadas por narrativas históricas sedimentadas que constituyen una memoria social que los individuos no inventan sino que encuentran

³ Más valdría preguntar, en todo caso, cuánto en este “dispositivismo” -como lo habría llamado probablemente González- refleja en forma invertida pero no menos especular la figura racionalista de un sujeto que adhiere libremente a valores con los que no sostiene ningún vínculo emocional y que se le ofrecen como una cartilla de posibilidades entre las cuales elegir de acuerdo a su interés.

dada al nacer y que se impone como “una pesadilla sobre el cerebro de los vivos”. Pero Marx también sabía que esa memoria social tampoco es un plexo internamente coherente y desprovisto de contradicciones sino que está ella misma habitada de tensiones políticas que dividen a los términos, como muestra ejemplarmente la idea de educación, tensada durante toda su historia entre el ideal de autonomía asociado a la aspiración a la libertad y su función disciplinadora, que enseña a cada uno a ocupar el lugar que le corresponde y lo convierte en absoluto responsable de su suerte.

IV. ¿Educación?

¿Qué papel podría estar jugando entonces la educación en las expectativas sociales de un futuro posible? ¿Qué temores y esperanzas concientes e inconcientes podrían estar condensándose hoy, para una gran parte de la población, en el ideal de una “sociedad educada”; un ideal que tal vez esté empezando a ocupar, en la sociedad contemporánea, el lugar que en la pos-dictadura detentó el ideal de una “sociedad democrática”? ¿No constituye la educación una peculiar promesa de transformación *sin* que tenga que haber transformación, promesa de un movimiento *sin* movimiento colectivo y donde incluso el individuo parece verse eximido de intervenir? No en pocos casos el “país educado” parece ser un país que surge, efectivamente, *sin* tener que hacer política, *para* no tener que hacerla y *para* no tener que soportar al otro en el sentido de no tener que soportar las preguntas y opiniones divergentes del otro pero tampoco su vida misma en tanto ella resulta hiriente para mi sensibilidad. Vagos tomando mate -o, peor, cerveza- mientras el viento sigue agitando paredes desladrilladas; mujeres que tienen hijos para cobrar planes y van a protestar con un cigarrillo en una mano y el celular en la otra; cuñadas comprando zapatillas; chicos que limpian vidrios y que a lo mejor ganan más plata que yo trabajando en el taxi... o sea. En estas imágenes de un otro ominoso que son portadoras de un alto contenido emocional, la alteridad se configura como violenta mientras que la propia violencia -la de quien pide pena de muerte para los políticos y siente que en verdad es al débil al que “habría que enseñarle a respetar” pero simultáneamente se escandaliza del conflictivismo de su hermano; la de quien se conmisera de los pobrecitos a los que habría que introducir en una pobreza “digna”-, esa violencia, se diluye en la imagen de una educación que es puro espíritu, sinónimo de paz e instrumento para conquistarla en medio de lo oprimido.

Espiritual esta educación que aparece en la columna de enfrente de los recursos materiales, independiente de la suerte de los cuerpos (sobran respiradores, lo que falta educación; dar cosas es lo más fácil, lo difícil es educar; la pobreza es una cuestión de mente). Las mutaciones de la “mentalidad” aparecen como motores de la transformación positiva de la sociedad, pero sin necesidad de cambiar las condiciones materiales de producción y circulación de la riqueza ni la estructura social, e incluso *contra* esos intentos de transformación. *Imaginaria* esta educación que se invoca *como imagen* sin soporte simbólico, emancipada de todo proceso y desvinculada en general de marcos institucionales de los que podría depender. Si se alude a veces y genéricamente a la escuela o a la transformación de la currícula, en la mayoría de los casos “la buena educación” es algo asociado a personas -y no a instituciones-, “gente de bien” concebida

vagamente ya sea como “buenos padres” que saben dar el ejemplo, o “maestros de alma” que aman su tarea en lugar de pasársela haciendo paros para no trabajar. *Disciplinadora* esta educación que se reclama para pares demasiado próximos (la cuñada a la que no “le enseñaron” a hacer algo para su futuro y que cuando se acaba la plata se queda sin nada) o para subordinados a los que “hay que cultivar, sentarlos y darles cultura” para convertirlos en buena gente humilde, que sepa hacer magia con cada “pesito” que se gana, y “te” deje de romper todo. *Discriminatoria* esta educación que, en definitiva, es lo que permite diferenciar gente humilde que “sabe” sacrificarse, de vagos que no quieren trabajar, y se enlaza fuertemente con la idea altamente moralizada de una “pobreza honorable” y una “cultura del trabajo” concebidas como agentes de civilización. *Anti-intelectual e hiper-adaptativa* esta educación preciosamente engarzada con el lema pragmático “no preguntes y hacé”, lema que no es ninguna novedad del neoliberalismo pero que la neoliberalización de la sociedad potenció enormemente con su culto del emprendedor que no necesita formarse ni pensar sino que, en todo caso se hace en el camino, mientras no para de apostar.

Aún allí donde no se apela directamente a la idea autoritaria de “inculcación de valores” y “buenas costumbres” sino al discurso de la autonomía, ésta se identifica más con el “no tener que ser mantenido”- asumiendo sumisamente el mandato de que cada uno es el único responsable de sus éxitos y de sus fracasos- que a una reflexión sobre la validez de los mandatos sociales imperantes. Ellos quedan más allá de toda crítica, aún cuando muchas veces se reconoce amargamente que el esfuerzo no sirve para nada y que el sacrificio puede resultar irracional desde el punto de vista de la satisfacción de los propios intereses. La tautología vuelve rápidamente al cauce a aquél que duda y ante la sospecha del sujeto sobre el sinsentido de un esfuerzo ciego e interminable, repone la circularidad del mito: no hay que educarse *para* vivir mejor, sino que hay que ser educado para reconocer que es así y sólo así, trabajando en lo que a cada uno le haya tocado por más miserable que sea ese trabajo, como es posible vivir.

¿Cómo es que para muchos el círculo tautológico del sacrificio llega a configurarse como tal, independizándose parcialmente incluso de la aspiración de ascenso social que le daba su fuerza a la idea de educarse en la universidad y que no está totalmente ausente de muchos discursos sobre la educación donde todavía late una aspiración igualitaria que orienta el esfuerzo *hacia* una meta y lo justifica *por* ella? ¿Cómo es que ese círculo puede mantener su fuerza de atracción para los sujetos? ¿De dónde podría venir la seducción de este ideal como “el camino” que resolvería los problemas del país para los individuos involucrados afectivamente con él que, en la mayoría de los casos, pertenecen a esos mismos estratos bajos de la sociedad que las clases altas conciben como meros “objetos” de la educación que solo ellas podrían impartir?

Aquí es donde resulta fundamental volver a la idea de crítica de la ideología como interpretación de los jeroglíficos sociales mediante los cuales los individuos intentan resolver su relación con imperativos y deseos inconscientes muchas veces contradictorios entre sí. Un primer elemento destacable en este sentido es que “la educación” se insinúa como una posibilidad de seguir imaginando algo así como “un

futuro” cuando, por una parte, prácticamente ya no se cree en nada de lo que existe pero, al mismo tiempo, se desea normalidad y orden antes que una transformación. El ideal de la educación, imaginada como actualmente ausente, parecería permitir una conjugación prácticamente imposible entre la creencia en que ya nada nuevo puede pasar e incluso sería bueno que no pase, y el malestar frente a lo que es. Y esto porque se constituye como imagen posible de la transformación *en y por* el orden, o del cambio *sin y para que ya no haya* acontecimientos.

En un nivel tal vez menos inconsciente, se podría decir que la educación permite conjugar también demandas efectivas de más control y más libertad, que conviven contradictoriamente en muchas narrativas. Y esto porque la educación aparece asociada, en la memoria social, tanto a la vida ordenada, disciplinada y responsable, como a un anhelo de autonomía que, aunque se adelgace en la idea de autosuficiencia (“no ser una carga para otros” o “puedo bastarme por mi misma”), permite a los sujetos lidiar con su propia sensación de impotencia mostrándose autónomos frente a los otros que pertenecen al mismo círculo.

Finalmente, la educación aquí invocada también podría ser pensada como una suerte de discurso del odio encubierto que sirve para señalar a los vagos, a los que “no contaron con el ejemplo” de sus padres y entonces están arruinados, pero señalarlos de un modo tal que los sujetos del prejuicio quedan absueltos de tener que pagar el costo político y afectivo de la discriminación abierta porque su operación se plantea en términos higienistas, esto es: como una depuración que se hace en favor de las víctimas invocando el valor de su autonomía y su libertad.

Sería preciso seguir pensando estas hipótesis y el modo en que se imbrican, pero lo cierto es que el ideal de una “sociedad educada” no puede ser ni simplemente denunciado como una falsa impostura que podríamos correr del medio, ni tampoco asumido acríticamente como si su sentido emancipador estuviera intacto. En esta coyuntura pandémica que a nivel de la experiencia social parece habernos legado menos una disposición expectante frente al acontecimiento que un deseo de normalización de la vida, y que a su vez se inscribe en la temporalidad más larga de un neoliberalismo presentista ya depurado de la utopía de un capitalismo reconciliado y multiculturalista, ese ideal de la educación parecería constituirse en una suerte de fórmula mágica por la cual deseos conservadores consiguen manifestar su malestar con lo que hay, pero tramitándolo con prescindencia de la política, a favor del disciplinamiento y a costa de la alteridad. Explorar los potenciales del mito en otros sentidos será tarea de un presente que sepa que no puede mirar para otro lado pero que tampoco se conforme con dar satisfacción a las demandas dominantes en él.